ARCHIVO
HERMANDAD SACRAMENTAL DE SANTIAGO APÓSTOL
Castilleja de la Cuesta

I PREGÓN DE LA SEMANA SANTA

N. H. D. FERNANDO DÍAZ BUIZA

AÑO
1989

FERNANDO DIAZ BUIZA

Pregón de la Semana Santa de Castilleja de la Cuesta.

- Hermandad de la Plaza -

Sevilla - 1.989

Si mi amor te olvidare,

Tú no te olvides de mi.

Dios te Salve...

Cuando aún resuenan entre los muros de este templo parroquial los versos con los que mi predecesor finalizaba su pregón, me he de presentar ante ustedes, he de reconocerlo, cargado de inquietudes y de sinceridad, de amistad y de nerviosismo, de una lógica intranquilidad porque son muchas las cosas que mi joven y cofrade corazón quiere expresar.

Pero me siento tranquilo porque sé que sabréis comprenderme, que no soy más que un hermano de vuestra Cofradía -mi Cofradía- que hará llevar por este bendito pueblo de Castilleja el amor que sólo él sabe sentir, expresar y difundir, por su Cristo y por su Virgen.

Y ante ello vuelvo a retomar esa mágica frase: Dios te Salve. Sí, Dios te Salve, Andalucía, porque eres tierra cargada de riquezas y sentimientos; porque has sabido como nadie ser bandera y estandarte de un reino entero, antaño imperio sin parangón, ante las miradas de un mundo cada vez más injusto y materializado. Dios te Salve, Andalucía.

Y con ella, Dios te Salve, Sevilla, provincia privilegiada de nuestra tierra, Tierra de María Santísima, desde las Marismas a la Ribera, Sierra Sur o Sierra Norte, la Vega o la Campiña, la Capital o el Aljarafe, donde se vive y se sufre la Pasión de Jesús, y se pone bajo palio y entre varales la Angustia palpitante de su Madre, con el amor y el cariño que sólo aquí sabemos darle.

Y por fin, Dios te Salve, Castilleja, ubicada sobre la altura más importante del Aljarafe. Ciudad vieja en conocimientos pero joven de espíritu. Amasijo de artes y costumbres, y pueblo que sabe comprender y defender a los suyos, sin dejar de abrir los brazos al visitante.

Por eso sé que sabréis comprenderme, como forastero vecino de esta tierra, pero también como vuestro hermano recién llegado. Sí, por eso sé que desde estas primeras palabras de mi pregón vais a ver en mi a un andaluz de convicción, a un sevillano de nacimiento y, porque así en verdad lo siento, a un "chino" más de la Hermandad de la Plaza de Santiago.

Ilustrísimos señores representantes de la Justicia y de la Corporación Municipal.

Señor Hermano Mayor, y señores Oficiales de la Junta de Gobierno de la Pontificia, Real e Ilustre Hermandad Sacramental de Santiago Apóstol, y Cofradía de Nuestro Padre Jesús de los Remedios en el Santo Sepulcro y Nuestra Señora de la Soledad.

Hermanos todos.

Señoras y señores.

Espero que me hayan sabido perdonar por haberme atrevido a romper los rigores protocolarios, ya que he comenzado mi pregón rindiendo un pequeño pero sincero homenaje a nuestra tierra.

Tierra con la que me siento, y creo que al igual que ustedes, estrechamente vinculado y comprometido: Andalucía, la atlántica y mediterránea, la del trigo y el olivar, la del cielo claro y la mar en calma.

Tierra también que llevo en lo más hondo de mi ser: Sevilla, la que me dio la vida, la niña bonita de Andalucía, la cuna de reyes y poetas, artistas y emperadores...

Y tierra particular, Castilleja de la Cuesta, a la que desde mis años de bachiller en el trianero colegio salesiano me he sentido allegado por ser de ella y residir aquí parte de mis mejores compañeros estudiantiles.

Todo ello forma una amalgama de la que no me puedo desprender.

Gracias, desde este mismo momento, Señor Hermano Mayor y Señores Oficiales de la Junta de Gobierno, por vuestra designación y por haberme dado la oportunidad de ostentar ese orgullo del que pocos pueden presumir: ser pregonero de la Semana Mayor.

Gracias también a ti, José Luis, hermano y amigo, porque igualmente has depositado en mi tu confianza. Tú, que tantas veces me has demostrado, con tu palabra y con tu ejemplo, lo que hay que luchar por nuestras tradiciones, por la reivindicación de nuestras raíces más profundas y, en suma, por las Cofradías y Hermandades de Sevilla, aunque aún haya quien piense que no vale la pena.

Pero tú me enseñaste que los frutos se recogen después de haber sembrado, que ser sevillano es una cosa muy seria -no lo olvidemos-, y que hay que saber perdonar para no incurrir en error. Gracias, en suma, por tu presentación.

Y gracias a todos vosotros, hermanos de esta Real Hermandad, que con vuestra presencia me arropáis y dais cobijo, enseñándome que todos los males tienen remedio, y que la soledad es ninguna cuando se está entre vosotros.

Soledad del cristiano, y Soledad de María Santísima. Qué bella advocación con la que referirse al más doloroso sentir de la Virgen. Sola bajo tu palio. Sola, como en Oriente estabas al pie de la Cruz. Pero en Sevilla una Madre siempre estará acompañada por mucho que se llame Soledad...

Tú no puedes estar sola
porque así nadie lo quiere,
que tus hijos no te dejan.
Soledad, vas con tu pueblo,
tu pueblo de Castilleja.

Sola, bajo la Cruz desnuda. Cruz del martirio del Hijo de Dios que es el Cristo de los Remedios. Hasta que fuiste depositado en tu barroco Sepulcro tuviste que padecer, Cautivo, el Desamparo y Abandono de tus discípulos. Tu Humildad y Paciencia te convirtieron en Redentor que soporta el frío y sucio beso de Judas, y el posterior Prendimiento en el monte de los olivos. Fuiste presentado ante Herodes, Caifás y Anás, y Pilatos te presentó al pueblo para luego, cobardemente, lavarse las manos sin dejar de reconocer tu Soberano Poder.

Porque ese es tu Gran Poder, Cristo mío de los Remedios. Poder que te da fuerzas para resistir el ser Despojado de tus vestiduras, para que puedan flagelarte, Atado a la Columna de la incomprensión humana, en la que dará comienzo el más duro y humillante acontecer de nuestra Historia.

Solo, cargado con la pesada Cruz, como un penitente y Nazareno más. Caído tres veces en el camino del Calvario, sin Salud, pero irradiando la Misericordia divina que apenas unos cuantos alcanzaron a conocer.

Solo, clavado en el madero de la Providencia para que esas Misericordias sean el resplandor fulgurante que alumbre tus Cinco Llagas y seque la Sangre que mana de tu costado herido.

Quedas sin vitalidad para volver a conversar con el buen ladrón, o para dar a conocer al mundo que, hasta el final, eres un hombre más que sufre las Penas del desprecio y el rechazo, o pasas Sed ante el umbral de tu Buena Muerte.

Que tu muerte es la más buena, Señor de los Remedios, aunque aún quede inmutable por los siglos ese grito angustioso exclamado cuando fuiste atravesado por la lanza de Longinos. Ese grito duradero que cada Lunes Santo Sevilla lanza al mundo ensordecido de la ingratitud y la impiedad, y que en la tarde del Viernes Santo mi barrio de Triana, puente natural entre Sevilla y el Aljarafe, reafirma desde el Patrocinio anunciando que el Cachorro está muriendo y expirando para que en Castilleja se le prepare el Sepulcro, antes de que sea Descendido y Amortajado.

Silencio en su Santo Entierro
que la Pasión terminó.
En señal de luto y duelo
silencio habréis de guardar,
que ha muerto Dios hecho hombre
bajo un cielo descubierto
de Amor pleno y de bondad.
Silencio en su Santo Entierro.
Silencio que romperá
en el aire la saeta
que proclama tu verdad:
" Gotas de sangre en la frente
y tu cuerpo ya está frío.
Te llevan, Padre, yacente,
y a mi me da escalofríos
saber que eres inocente ".

Silencio en su Santo Entierro.
Duelo sincero de amor
por el que nos dio la vida
por ser nuestro Redentor.
Ya te va a enterrar tu pueblo,
urna de oro y cristal
en la que posar tu cuerpo
que habrá de resucitar.
Es tarde de lluvia y viento
y el cortejo ya se aleja.
Silencio en su Santo Entierro,
porque ha muerto en Castilleja
mi Cristo de los Remedios.

Pero lo más importante está por llegar. Cristo muere el Viernes Santo para resucitar al tercer día.

La alegría es algo palpable en los rostros castillejanos. Y este pueblo, marcado por el más genuino sentimiento andaluz, celebra la Pascua de Resurrección sacando a la calle la más andaluza expresión de fe que se pueda imaginar: Simpecado rojo y oro de Nuestra Señora de la Soledad.

Pese a la cercanía de ambas, no puedo dejar de pensar en qué diferente es el modo de proclamar que Cristo vuelve a vivir en Sevilla y en Castilleja.

En ese día especial, la Capital se convierte en sendero renovador desde Santa Marina a la Catedral. Son las últimas túnicas nazarenas que secarán las Lágrimas derramadas pocas horas antes por la Virgen de la Soledad, y que de vuelta a su templo anuncian que Andalucía y Sevilla han triunfado sobre la muerte y el pecado.

Pero a la misma hora, tan sólo cinco kilómetros más arriba, las túnicas y capas blancas se tornarán traje corto o de volantes; las alpargatas costaleras serán ahora caballos enjaezados que se dispersan por las callejuelas engalanadas del pueblo; y el Cristo de madera será transformado en Simpecado de fino terciopelo. La saeta desde el balcón se tornará en cante y baile por sevillanas, y los tambores y las cornetas serán guitarra, palillos y tamboril rociero.

Es mañana de alegría y de bullicio en las calles de Castilleja. Los cuerpos se sienten descansados y las almas renovadas. Renovación que lleva a los hermanos de la Plaza a estar pendientes en todo momento de que en la procesión no falte un solo detalle. Cada año, el caminar entre los fieles se convierte en un reguero de fastuosidad que, hoy por hoy, hacen de nuestra Hermandad todo un fenómeno de religiosidad que no se puede perder.

Hace años nos distinguíamos por la extrema seriedad y el orden, y hoy por ese especial espíritu festivo y andaluz que caracteriza a todo lo nuestro.

Pero los "coloraos" de la Plaza sabemos bien que esa renovación que antes comentaba ha de ser continuamente engrandecida.

Es por ello que hayamos dado ese paso decisivo al hacer material el empeño de transportar el Simpecado como él se merece.

Los gladiolos y claveles
adornarán la carreta
para que sea el orgullo
del pueblo de Castilleja.
Seis varales plateados
con techo de alpaca pura.
Candelabros repujados
con la gracia y la finura
del metal ribeteado.
Por eso irá la carreta
del divino Simpecado,
en el Domingo de fiesta,
para decirle a los vientos
que Cristo ha resucitado
con los "chinos" de la Plaza
del pueblo de Castilleja.

Pero la fiesta aún no ha terminado. Pocas horas después, saldrá bajo el esplendoroso cielo aljarafeño, siendo éste ahora su único palio, la que es Rocío del Cielo, Virgen de la Soledad, para ofrecernos su Gracia y Amparo. Va, como una amapola Hiniesta, cubierta por rojo manto en su trono de gloria. Ella será nuestro único Refugio durante esas horas en las que el cansancio empieza a hacerse notar, y en las que recorrerá por segunda vez los caminos marcados por sus hijos.

Hijos que ya no verán en Ella el Mayor Dolor y Traspaso que la cautivaba en la tarde - noche del Viernes Santo.

Ella será la Concepción de la Piedad, la Encarnación del Amor materno, y la Expectación de la Victoria para sus hijos Desamparados.

Qué Dulce Nombre tu nombre, Virgen de la Soledad, cuando Castilleja entera lo pone en sus labios en ese día glorioso de la Resurrección.

Cuando la resistencia ya está casi agotada, abandonas tu sede mudéjar, la iglesia de Santiago Apóstol, para demostrar que la Esperanza nunca se pierde, que tu Hijo resucitó en ese día, y que todo un pueblo entero sigue confiando en ti por ser mediadora de la Paz del mundo, Caridad para el desprovisto, y Merced de los que durante todo el año padecen y sufren.

Madre de la Soledad,
las ojivas de tu templo
realzan tu faz morena,
tu sentimiento y bondad,
tu rostro de Madre buena
y tu realeza sin par.
Eres la sal de la gracia
que nos viene a acompañar,
derrochando señorío
con tu divina bondad,
que das con tu paso fuerzas
y amor con tu Soledad.

Decir Soledad en una Cofradía es venirle a la mente del pregonero las largas tardes en la Casa de Hermandad preparando, entre unos pocos, lo que habrá de estar a punto cuando se abran las puertas de ésta para que los hermanos, como cada año, saquen su papeleta de sitio o vengan a recoger su túnica nazarena.

O es la permanencia en el templo, cuando ya casi todos se han marchado y la noche cae sobre nosotros, porque hay que colocar un Altar de Cultos, fundir la cera para los candeleros, limpiar y preparar con esmero las insignias, o revisar con detenimiento que nada falte el día de la Función Principal de Instituto o la noche previa a la salida procesional.

Y todo ello habrá de realizarse, fundamentalmente, entre un número muy determinado de hermanos: la Junta de Gobierno. Puede que algunos de sus miembros, por las funciones que sus cargos les obligan a desempeñar, tengan que permanecer apartados en cierto modo del movimiento contínuo. Pero cuando llega la Cuaresma, desde el Hermano Mayor hasta el último hermano de número se sienten comprometidos con su Cofradía.

Labores de Secretaría, Priostía, Mayordomía, Diputaciones... Desde el pasado año tendo el honor de desempeñar, con orgullo, el trabajo y responsabilidad que implican ser Secretario de una Hermandad de Sevilla. Algunos entonces me decían que aquello era demasiado empeño para un cofrade tan joven, que aquello quitaría mucho tiempo a mis pocos ratos de ocio, y que tarde o temprano terminaría cansándome. Nada más alejado de la realidad.

Verdad es que mi juventud pregonera aún no ha madurado todo lo que debe como para afrontar ciertos problemas de envergadura que, como en todo tipo de Corporaciones, se presentan cuando menos preparado estás. Pero tampoco creo que la responsabilidad quede marcada por la edad, sino por el compromiso que hayas querido adoptar.

Verdad es que un cargo resta mucho tiempo, pero bien es cierto que cuando lo haces con voluntad no te pesa tener que echar horas de más por el bien de algo que quieres: tu Hermandad.

Y verdad es que tarde o temprano puedes sentir la necesidad de abandonar. Pero nunca lo haces, porque siempre habrá cerca de ti la mano amiga de otro compañero de Junta para conducirte a la reflexión, a la tranquilidad, a darte cuenta de que sólo son arrebatos pasajeros que a veces aparecen para demostrarte que en verdad te sientes plenamente comprometido.

Ser Secretario de una de mis Hermandades me ha enseñado lo que quizás, sin serlo, no hubiera podido saber nunca: que no se es mejor hermano, por el hecho de ser Oficial de la Junta de Gobierno, que cualquier cofrade recién llegado. Que no se quiere más a tu Cristo o a tu Virgen por tener que acudir a la Casa de Hermandad con más frecuencia que otros. Y que nadie es imprescindible, sino que todos son necesarios.

Por eso yo os pido, señores Oficiales de esta Ilustre Cofradía, que sigáis adelante tal y como venís haciendo, trabajando hasta el final sin esperar más compensación que la de ser comprendidos y respetados, velando por el buen nombre de ella y por los derechos y obligaciones de vuestros hermanos. Que para eso y para nada más existe la Junta de Gobierno.

Y a vosotros, hermanos de filas y de número que me estáis oyendo, os aliento a seguir en vuestro lugar, participando en los Cultos anuales, y dispuestos a defender por encima de todo los intereses de nuestra Hermandad, que es lo mismo que decir la devoción por nuestros Sagrados Titulares, defendiendo los empeños y empresas en las que haya que introducirse por el bien de la misma, y colaborando en vuestra medida en todo para cuanto creáis que podéis ser necesarios.

Y si me atrevo a pedíoslo, es porque sé que en verdad así lo sentís, que sabéis que sois el fundamento de vuestra Cofradía, con esa riqueza de personalidad que es vuestra motivación desinteresada.

Mientras ello siga siendo así, seguiran existiendo Hermandades en Sevilla.

Gracias por ello, Junta de Gobierno, porque sois el cirio que nunca se apaga. Y gracias en suma, cofrades, porque sois la llama que mantiene encendido ese cirio, configurando la vida de la Hermandad.

Ya veis qué orgullo lleváis,
hermanos de Castilleja,
sabiendo que sois la luz,
y anunciando con certeza
que no hay orgullo más grande
que el ser cofrade andaluz.

Incluso para el pregón, es el recuerdo de aquella anciana que, llena de ternura y de inquietud, me preguntaba días atrás si quedaría alguna túnica para su nieto, aquel que el año anterior había llorado al saber que, por

causa de la lluvia, no podría acompañar a su Cristo en procesión.

Son esos pequeños recuerdos que no se pueden borrar por mucho tiempo que pase. Recuerdos que te hacen ver el sentir popular de la gente sencilla, de esa gente que sabe conmemorar a su modo los eventos de la Hermandad.

Veréis a lo que me refiero. Hasta hace apenas tres meses, nuestra provincia vivió con júbilo un año que vino a denominarse Año Santo Mariano. Por ello, la Capital y sus poblaciones más cercanas celebraron, cada una a su propio modo y estilo, la importancia de ese hecho.

Permitidme que por un momento me vuelva a trasladar a mi ciudad natal. En ella, tres acontecimientos destacaron por su infrecuencia y originalidad. En Marzo, el Vía Crucis de nuestras Hermandades estaba presidido, por vez primera en la Historia, por una imagen mariana: la Virgen de la Soledad.

En Abril, un día antes de que otro templo, en esta ocasión el templo de la danza y la alegría, iluminara los farolillos de su Real de la Feria, la Virgen de los Reyes salía por las calles de Sevilla como Patrona y Señora de nuestra Archidiócesis, esta vez en procesión extraordinaria, rindiendo homenaje a la tierra que la vio nacer.

Y en Octubre, otra Virgen sevillana, Angustias de los Gitanos, era coronada canónicamente de manos de nuestro Arzobispo.

Coronar a María en Sevilla es un hecho que no podemos pasar por alto. Ella viene a subrayar el cariño que, sea cual sea su advocación, la provincia entera le tributa en reconocimiento de su papel de Madre Eterna y Universal.

Por eso sabed, Castilleja, que cuando la Virgen de la Soledad luce su gloriosa corona en el camarín o en su paso de palio, está mostrando ante nuestros ojos el cansado abatir de su Amargura, las Angustias de sus Penas, y la Esperanza de nuestra salvación.

Si tú estuvieras, Señora,
canónicamente cubierta
por tu corona de oro,
Castilleja de la Cuesta
te haría un río de plata
con lágrimas de tus ojos.
Y es el ansia de tus Hijos
por hacerte proclamar
reina de nuestra provincia,
nave que atravesará
el río de orilla a orilla,
por verte a ti, Soledad,
bendecida por Sevilla
y por tu pueblo "coroná".

Sevilla es tierra que tiene a gala el ser cuna de advocaciones de infinita y sin igual belleza: Valle, Setefilla, Consolación, Rosario, Guía, Loreto... Nombres de Vírgenes, éstas y otras muchas, que han logrado el que Sevilla sea conocida en el mundo entero como la Tierra de María Santísima. Por ello asimiló fervores de allende nuestro territorio: Vírgenes de la Cabeza, Montserrat, Merced, Villaviciosa o Guadalupe.

¿ Es de extrañar entonces el que para muchos la figura de María sea hasta incluso más importante que la de su Hijo ?. En otras latitudes puede que sí, pero en Sevilla es un algo prácticamente generalizado.

En el corazón del pregonero, María tiene un sitio reservado bajo tres de sus más bellas advocaciones: Aurora de Sevilla, Estrella de Triana, y Soledad de Castilleja.

En ellas radica mi fe, y por ellas se acrecienta continuamente mi espíritu de cofrade y mi sevillanía.

Aurora de Sevilla. Virgen niña que sin haber procesionado aún me has hecho imaginarte caminar, por tu macareno barrio de Santa Marina, rodeada por un coro de Angeles... Y me has dado la oportunidad de saber el esfuerzo material y temporal que supone prepararte, paso a paso, el que será tu trono de plata para que puedas arribar al confín catedralicio siguiendo el caminar de tu Hijo Resucitado.

Aurora de Sevilla, y Estrella de Triana. Llanto copioso de tus Tristezas, y manos acogedoras que abarcan a su barrio derrochando la Gracia y Esperanza que cada año, cada Domingo de Ramos, Triana hace cruzar el puente para que sea su primera embajadora bajo las infinitas naves del templo metropolitano. Estrella Valiente, Estrella Sublime que desde la calle San Jacinto, cuando sales de Pureza y arribas al Altozano, pones tu mirada en el Aljarafe anunciando a tu vecina Castilleja que Cristo, sentado sobre una dura peña, pide Clemencia a Dios Padre cuando clavan su Cruz, sabiendo que va a morir por salvarnos del pecado, y que su Santo Sepulcro aún está por hacer.

Estrella de Triana, y Soledad de Castilleja. Virgen en cuyo rostro veo el Mayor Dolor que una Madre puede sufrir. Mayor Dolor en su Soledad para la Virgen que es muchacha y señora, Madre de Dios Hijo, Hija de Dios Padre, y Esposa de Dios Espíritu Santo.

Doscientos años ya reviviendo el Santo Entierro del Cristo de los Remedios, y siendo pañuelo en el que enjugar las Lágrimas de tu pueblo. Victoria de nuestra fe que irrumpes en la oscura madrugada reflejando tu silueta en los muros de la Plaza.

Es noche de Viernes Santo.
Del Aljarafe hispalense
pide a Triana una Estrella
esa Virgen Dolorosa
para marcarse un sendero
mientras le llega la Aurora.
¡ Qué bonita vas, María,
rodeada por tus fieles
que ven en ti a la Señora
que les guarda y les protege.
Y es tu serena mirada
la que cautiva y corteja,
y es esa cara tan guapa,
y es tu belleza morena.
Mi corazón va contigo,
Soledad de Castilleja.

Desde el principio, mi preocupación ha sido querer plasmar vuestro sentir uniéndolo a mis vivencias. Y en ello he puesto mis sentidos para lograr poner ante ustedes una procesión, puede que imaginaria, en la que la cruz de guía es el sol de Andalucía; las insignias son nuestros mejores monumentos; los ciriales las ocho provincias hermanas; la canastilla el oro de nuestras minas; el paso de palio el plateado caudal del Guadalquivir, con varales de Giralda; y los nazarenos los ciento dos municipios de nuestra provincia.

Su itinerario sería el que nuestras mentes quisieran marcar, y en el que la procesión arribe al culmen de su recorrido cuando hayamos comprendido el porqué de nuestra Semana Santa. Veréis: cuando en Sevilla se hace un pregón, éste llega a su punto culminante al describir el orador cómo la Virgen de sus amores recibe el homenaje de fervor popular a su paso por las calles de la ciudad. Obligado resulta entonces describir su paso por las esquinas y callejuelas más recónditas de su topografía: sobre un puente, ante el templo de otra Hermandad, o bajo un arco...

Arco que en Sevilla será cielo de oro cuando la que es vida, dulzura, y Esperanza nuestra, se adentre en su recinto basilical para pregonar a los cuatro vientos que es la Macarena bendita de nuestra fe.

O arco en el Arenal, que marque el rumbo a seguir por mi Esperanza de Triana, para que llegue a su barrio rodeada por la turbulenta marea humana que se echa a la calle, cada Viernes Santo, demostrándole que es reina de la Madrugada, y que su pueblo siempre la acompañará para que nunca se pueda sentir sola.

El arco, el Viernes Santo, la Esperanza y la Soledad. Es el momento culminante de la procesión. Como cada año, María, en su paso de palio, pasará en Sevilla bajo el arco. Sí. En Sevilla y en Castilleja. Por eso mismo me postro a tus plantas, Virgen de la Soledad, haciéndote llegar esos versos inmortales de la poesía andaluza, que hoy pongo en boca de tu pueblo, para tan sólo poder ya decir, refiriéndome a ese momento culminante de la procesión, que

por el arco de la Plaza
pasa la luz, pasa la flor,
pasa Castilleja entera
y pasa la Madre de Dios.

He dicho.